



## LOS CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE LOS AUTORES ÁRABES

CON RELACIÓN AL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

### I

**E**NTRE las muchas cuestiones que ha sacado á relucir la inagotable curiosidad científica y literaria de nuestro tiempo con motivo del IV Centenario del memorable descubrimiento del Nuevo Mundo, se encuentra una que nos ha causado no pequeño asombro, á saber: si los viajes y estudios geográficos de los árabes, y singularmente de los españoles, contribuyeron á tan importante acontecimiento. Lo primero que nos ocurrió á este propósito fué pensar si por ventura los árabes fueron más peritos en geografía que en los demás conocimientos científicos y literarios, que cultivaron con más ó menos ardor, pero en los que por su aversión á la vida social, por su ineptitud para los estudios filosóficos y racionales, por su escasa inventiva y por la rémora casi invencible de sus doctrinas religiosas, tan impuras y groseras, no lograron realizar sino mezquinos progresos. Por grande aberración tenemos el suponer que los árabes y musulmanes (nombres que con harta frecuencia confunde la historia), aun en la época de su apogeo, llegasen á competir con los antiguos griegos y romanos ó con la Europa cristiana, vertiendo ideas luminosas y útiles para el verdadero progreso humano, produciendo obras maestras de ingenio, de arte y de erudición y cooperando en cosa importante al esplendor literario y científico de nuestra edad moderna. Es verdad, que así como en nuestros días para reparar en lo posible los estragos del nuevo vandalismo y bárbara destrucción de tantos monumentos, se ha desarrollado prodigiosamente la afición arqueológica, así en el vasto imperio árabe, después de los inmensos destrozos ocasionados por la conquista y por las discordias civiles, se despertó entre algunos sultanes, por instinto de conservación y por engrandecer sus estados, un empeño resuelto y eficaz de fomentar las ciencias,

las letras y las artes, y entre sus vasallos el de cultivar, aun á riesgo de chocar con el islamismo, diversos ramos de los humanos conocimientos. Bajo el gobierno de los califas y emires, así del Oriente como del Occidente, se conservaron y estudiaron muchas obras clásicas escritas en griego y algunas en latín, y aquella riqueza científica se acrecentó con algunas investigaciones nuevas; mas sobre este cultivo y movimiento intelectual hay que observar dos cosas importantes: primera, que su principal gloria no pertenece á los mismos árabes, sino á los indígenas de los países sojuzgados por sus armas <sup>1</sup>, y segunda, que, merced al elemento arábigo y musulámico, reñidos ambos con la razón y la buena crítica, aquella ciencia no pudo elevarse á grande altura; y de aquí el que la escuela arábica sea tenida más por corruptora que por conservadora del antiguo saber.

Lo que decimos de la ciencia árabe en general tiene justa aplicación á la geografía, objeto principal del presente estudio. Si como afirma Ibn Jaldón <sup>2</sup> con loable imparcialidad, la mayor parte de los hombres insignes por su ingenio y saber que descollaron entre los árabes, fueron extraños á esta nación, esto se echa de ver muy particularmente en lo tocante á los geógrafos. De raza siríaca, caldea, griega, persa y bactriana, y educados en el cristianismo, en la religión de Zoroastro, ó en el sabeismo, aunque algunos de ellos renegados ó islamizados y en su mayor parte disfrazados con nombres árabes, fueron los célebres Abu Baxxar Mata, Abulmaxar, Ibn Jordadbeh, Ibn Codama, Aljarizmi, Albattani, Alistajri, Alfarabi, Yacut, Ibn Rosteh y otros tales <sup>3</sup>. Además es cosa bien averiguada y sabida que al magisterio y enseñanza de los cristianos indígenas de la Siria y del Egipto, y especialmente de la secta nestoriana <sup>4</sup>, protegida por el islamismo en odio á la Iglesia católica, se debió grandísima parte del saber que llegaron á alcanzar los árabes y mahometanos y en particular las versiones de los autores griegos que habían ilustrado la geografía.

Mucho se ha ponderado el mérito geográfico de la escuela árabe; y aun reduciéndolo á su justo valor, parece que los hijos del desierto sobresalieron más en geografía que en las otras ciencias, como en conocimiento menos abstracto y más práctico. Nosotros reconocemos con varios autores modernos que los árabes con sus dilatadas conquistas, largas peregrinaciones y numerosos viajes, así militares como comerciales, científicos y literarios, ensancharon considerablemente los límites del mundo conocido por griegos y romanos; que realzaron la importancia de la ciencia geográfica.

<sup>1</sup> Así consta por la historia y así lo reconoce y afirma en los prolegómenos de su Historia universal el célebre Ibn Jaldón de Túnez, el más discreto y filósofo de los historiadores arábigos. Sobre este punto pueden consultarse los datos y razones que hemos alegado en el estudio preliminar de nuestro *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas por los mozárabes*, donde hemos procurado refutar las estupendas exageraciones de algunos arabistas modernos, entre ellos Mr. Sedillot, á cuyo juicio los árabes fueron en la Edad Media *les seuls représentants de la civilisation*. (*Histoire des arabes*, libro VI, cap. I, intr.) Bástenos aquí notar que este autor se contradijo en la misma obra, escribiendo: «Lorsque la barbarie du moyen age se fut étendue sur tout l'Occident, on cultiva encore dans les cloîtres les connaissances profanes et la géographie.»

<sup>2</sup> En sus mencionados prolegómenos.

<sup>3</sup> De estos autores trata muy extensa y eruditamente Mr. Reinaud en su *Introd. géner. a la geogr. des Orientaux*, que forma el primer volumen de su excelente edición de la Geografía de Abulfedá, París, 1848. En esta obra vemos que tampoco el célebre Abulfedá fué de origen árabe, sino curdo.

<sup>4</sup> Sobre este punto véase entre otros autores, al susodicho Mr. Sedillot, en su mencionada *Histoire des arabes*, pág. 335 de la edición de 1854.

fica, apoyándola sobre principios matemáticos, y finalmente que los itinerarios, libros y tratados escritos en lengua árabe, ya por autores de esta raza, ya por extranjeros, han aumentado algún tanto el caudal de los conocimientos geográficos transmitidos por los autores griegos desde Hiparco hasta Ptolomeo y Máximo de Tiro. Sobre esta materia hallará el curioso lector abundantes datos en las conocidas obras de Malte-Brun <sup>1</sup>, de Sedillot <sup>2</sup>, y sobre todo del eminente arabista francés Mr. Reinaud, que ha tratado el asunto extensa y magistralmente <sup>3</sup>, y en cuya reconocida autoridad nos apoyaremos con frecuencia. Mas estas noticias deben leerse con prudente reserva, sobre todo las de Mr. Sedillot, de cuyas exageraciones en favor de la ciencia y cultura árabe el incauto lector podría deducir que la escuela arábigo-muslímica llegó á producir en sus mejores tiempos navegantes y descubridores por el estilo de Gama, Magallanes y El Cano, y geógrafos de la talla de Abraham Ortelio, Gerardo Mercator, Cellario, Delisle, d'Anville, Busching, Balbi y otros de nuestra edad moderna, de cuya altura se hubiese despeñado después en inexplicable rudeza y atraso.

No hay duda de que los árabes, al conquistar con prodigiosa fortuna una inmensa extensión de territorio desde el extremo Oriente hasta el extremo Occidente, dueños de una gran parte del mundo civilizado, domadores de muchas naciones bárbaras y enriquecidos con los despojos de los vencidos, se hallaron en las condiciones más favorables para aumentar los conocimientos geográficos, y lo que es más importante, para facilitar la comunicación y la civilización de los diferentes pueblos. «El mundo de la antigüedad, escribe á este propósito el celebrado Mr. Reinaud, el mundo tal cual se había ofrecido á las curiosas miradas de los griegos y de los romanos, se había engrandecido considerablemente. Los discípulos de Mahoma y los pueblos que vivían bajo su protección, podían trasladarse libremente desde las orillas del Océano Atlántico al mar del Japón, y desde los picos del Atlas y el Mediodía de Arabia al Norte del Cáucaso y del Yaxarte.» Gracias á sus conquistas, en la segunda mitad del siglo IX, la Europa y el Asia, la España y la China estaban en fácil comunicación.—«Relaciones tan frecuentes cuanto regulares (continúa diciendo dicho arabista) se habían establecido entre el Oriente y el Occidente, ya por agua, á través del mar Mediterráneo y del de las Indias, ya por tierra á través de la Siria, la Persia, la Transoxiana y la Tartaria.» Y sin embargo, ni estas nuevas comunicaciones aprovecharon á la cristiandad europea, que por las conquistas mahometanas vió interrumpidas las que de antiguo tenía, como es sabido, con la India y otras regiones orientales, ni los mismos árabes y musulmanes supieron aprovecharse de los grandes medios y ventajas que les proporcionó su fabuloso engrandecimiento. Para elevarse á mayor altura y merecer en la historia justa fama de sabios y de civilizadores, les faltaron las alas del ingenio y sobre todo misión providencial. Á diferencia de los romanos, con quienes compitieron en el ensanche de sus conquistas, y que haciendo suyos todos los elementos de saber y cultura que hallaron en las demás naciones, crearon la gran

<sup>1</sup> *Geographie universelle de Malte-Brun entierelement refondué et mise au courant del science por Th. Lavallee*, tomo I, París, 1862.

<sup>2</sup> Su mencionada *Historia de los árabes*.

<sup>3</sup> En su mencionada *Introducción general á la geografia de los orientales*.

unidad política que tanto favoreció á la propagación del Evangelio, los árabes y mahometanos destruyeron una gran parte del caudal científico de la antigüedad <sup>1</sup>, arrancaron de muchas regiones la civilización cristiana, y en lugar de establecer un vasto y bien ordenado imperio, no tardaron en arruinar los pueblos sometidos <sup>2</sup>. Ni la ciencia, ni la cultura, ni el mismo comercio sacaron gran provecho de sus viajes y exploraciones: quienes se aprovecharon de ellos fueron los mercaderes judíos, que mucho más perspicaces y más versados en idiomas que sus dominadores, pues hablaban árabe, persa, griego, latín, español, francés y eslavo, se entendían fácilmente con la mayor parte de las naciones y traficaban con todas. Desgraciadamente, su principal artículo de comercio consistía en eunucos y esclavos jóvenes de ambos sexos que exportaban del Occidente al Oriente, trayendo á su regreso aromas, especias y otros productos de aquellas regiones <sup>3</sup>. Por su parte los árabes y musulimes, desprovistos igualmente de buen gobierno y de buen sentido, apenas supieron sacar de tantas conquistas y excursiones sino riquezas materiales que derrocharon prontamente y un gran cúmulo de relaciones más ó menos romancescas y fantásticas con que desfiguraron juntamente la geografía y la historia <sup>4</sup>.

Prolijo sería exponer los errores y desaciertos cometidos por los geógrafos árabes; por lo tanto nos limitaremos á apuntar en prueba de ellos algunos datos y autoridades de críticos competentes. Á pesar de los grandes progresos que hizo el islamismo en las regiones occidentales, sometiendo la España, la Sicilia, la antigua Grecia y toda el África septentrional, los escritores arábigos, como afirma Malte-Brun, conocieron el Occidente mucho peor que los romanos, aunque les aventajaron en el conocimiento del Oriente. Y sin embargo, no podemos juzgar muy favorablemente de este otro conocimiento al leer lo que dos geógrafos tan eminentes entre los suyos como Alidrisí (ó el Idrisí) y Abulfedá escriben acerca de aquellas regiones. El Idrisí, que nació en Ceuta á principios del siglo XII, y que según parece, estudió en España, que era á la sazón el país más ilustrado del mundo musulmán, alcanzó poderosos medios y auxilios para impulsar los conocimientos geográficos gracias á la protección del Rey de Sicilia Roger II de la dinastía normanda; mas si su famoso tratado de Cosmografía, considerado en su conjunto merece el elogio que le tributó M. Reinaud, comparándolo con el de Estrabón, hay que convenir con dicho orientalista que en algunos puntos más hizo retrogradar que no adelantar la ciencia <sup>5</sup>. Según el mismo Reinaud <sup>6</sup>, reina el mayor desorden en la manera con que el Idrisí dispuso las islas del mar Oriental, de las cuales algunas se repiten varias veces y otras no se fundan sino sobre ideas quiméricas. Ni anduvo más acertado en lo relativo á los países orien-

<sup>1</sup> Así lo confiesa Ibn Jaldón en sus citados prolegómenos.

<sup>2</sup> Según consta por la historia y lo reconoce el mismo Ibn Jaldón, los árabes se han distinguido entre todas las naciones por su incapacidad para fundar y gobernar un imperio, y todo país conquistado por ellos, se arruinó prontamente.

<sup>3</sup> Así consta por una relación muy curiosa del geógrafo arábigo-persa Ibn Jordadbeh (que murió en el año 912 de nuestra era), traducida y publicada por Mr. Reinaud, pág. LVII y siguientes de su mencionada introducción.

<sup>4</sup> Como puede verse en el citado escrito de Mr. Reinaud y en los geógrafos árabes que corren traducidos á diversos idiomas europeos.

<sup>5</sup> Reinaud, pág. CXX.

<sup>6</sup> Idem, pág. CCCXV.

tales el famoso Abulfedá, que nació en Damasco en el año 1273 de nuestra era, pues dió á la China una extensión desmesurada, extendiéndola desde el grado 42 de latitud hasta cerca del Ecuador <sup>1</sup>. En cuanto á las regiones del Asia Septentrional, bástenos decir con el mismo Reinaud <sup>2</sup> que los geógrafos árabes cayeron en análogos errores.

Á los errores geográficos cometidos con tanta profusión por dichos geógrafos contribuyó en gran manera la suma ignorancia de los árabes en los idiomas extranjeros <sup>3</sup>. Es cierto que los árabes conocieron y utilizaron más ó menos los escritos griegos de Aristóteles y Ptolemeo; mas es forzoso confesar que las versiones de estos autores hechas de pacotilla por cristianos nestorianos y otros indígenas del griego al siriaco y de aquí al árabe <sup>4</sup>, adolecen de graves incorrecciones, debidas en parte á los traductores y en mayor parte aún á los copistas, y distan incomparablemente en fidelidad y corrección de las ediciones y traducciones de los mismos textos hechas en la Europa cristiana desde el Renacimiento hasta nuestros días.

También se supone que los geógrafos árabes conocieron algunos escritos de los romanos, cuyas versiones al par con las de los autores griegos se habían multiplicado en el Oriente <sup>5</sup>. Esta suposición es combatida con razones poderosas por un crítico moderno y en verdad no poco aficionado á los árabes, Mr. Luciano Leclerc <sup>6</sup>, que después de negar resueltamente que los árabes hayan conocido á Plinio, como alguien supuso, se expresa así: «La literatura latina ha sido un secreto para los árabes. No conocemos más que un libro de origen latino que haya sido traducido positivamente á su lengua, que es el de Orosio <sup>7</sup>. Si algunos nombres de autores latinos han llegado al conocimiento de los árabes ha sido indirectamente por el intermedio de los siros y de los griegos. Así es como se encuentran algunos en los tratados de agricultura traducidos del griego; mas todo cuanto se refiere á Roma ha sido dividido por los árabes como á traves de una nube. Lo que de ella nos cuentan sus geógrafos es legendario y maravilloso.»—Sin embargo, en la España sarracénica, donde el pueblo árabe y musulmán aprendió mucho de los indígenas, casi completamente romanizados, hubo algún conocimiento de la literatura latina, gracias á nuestros mozárabes, que á semejanza de los orientales, tradujeron algunas obras literarias y científicas escritas en aquel idioma al de sus dominadores. De estas versiones sólo sabemos que tuvieron por objeto la mencionada obra de Orosio y algunos libros de medicina, historia natural é historia política; mas sospechamos que también alcanzaron á la geografía. De origen hispano-latino son en verdad algunas noticias y datos que se hallan en los geógrafos arábigo-españoles y especialmente en el siguiente

<sup>1</sup> Reinaud, pág. CCLX.

<sup>2</sup> Idem, ib.

<sup>3</sup> Mr. Renán llega al extremo de opinar que jamás ningún árabe estudió y comprendió la lengua griega.

<sup>4</sup> Solamente sabemos que la conocida obra de Dioscorides fué traducida directamente del griego bajo la dinastía de los Abbasitas; pero esta versión se debe á un cristiano llamado Estéfano, como las demás á otros de la misma religión.

<sup>5</sup> A estas versiones alude alguna que otra vez el geógrafo oriental Almasodi que floreció en el siglo x.

<sup>6</sup> En su estudio *Sur l'identité de Balinas et d'Apollonius de Tyane*, publicado en el *Journal Asiatique*, número de Agosto-Septiembre de 1869.

<sup>7</sup> Citado por Hachi Jalifa en el núm. 10.626 de la edición de Fluegel.

pasaje del célebre Abu Obaid Albecrí, ó el Becrí, que floreció en el siglo XI de nuestra era y es considerado como el príncipe de aquellos geógrafos. Dice así <sup>1</sup>: «Enfrente de Tánger y del monte Atlas están las islas *Fortunatas*, llamadas así porque sus bosques y arboledas se componen únicamente de árboles que producen frutos magníficos y excelentes, sin tener necesidad de ser plantados ni cultivados. Allí la tierra proporciona cereales en lugar de yerbas, y en lugar de cardos, plantas aromáticas de todas clases. Estas islas, situadas al Occidente de la Berbería, están diseminadas en el Océano á poca distancia unas de otras.» Este pasaje parece abreviación del siguiente consagrado á las mismas islas, ó sea á nuestras Canarias, por San Isidoro de Sevilla <sup>2</sup>. Helo aquí: «*Fortunatae insulae vocabulo suo significant omnia fere bona, quasi felices et beatae fructuum ubertate. Suapte enim natura preciosarum poma silvarum parturiunt. Fortuitis vitibus juga collium vestiuntur. Ad herbarum vicem messis et olus vulgo est. Unde gentilium error et secularia carmina poetarum propter soli foecunditatem easdem esse paradisum putaverunt. Sunt autem in Oceano contra laevam Mauritaniae occiduo proximae et inter se interjecto mari discretae.*» Mas si por medio de nuestros mozárabes los moros españoles llegaron á conocer el compendio geográfico de San Isidoro y algunos otros opúsculos de este género escritos ó existentes en nuestra península, no hay el menor indicio de que conociesen la Historia natural de Plinio donde se condensa toda la ciencia geográfica de la antigüedad romana <sup>3</sup>.

Pues todavía los árabes, al cultivar los estudios geográficos tropezaron con una gran dificultad en la suma imperfección de su escritura, en la cual de ordinario, omitidas las mociones ó signos vocales, sólo se marcan las letras consonantes, y muchas de éstas sólo difieren en puntos <sup>4</sup>, que trabucados ú olvidados por descuido, ligereza ó impericia de los copistas, producen las más extrañas confusiones. Es de advertir con Mr. Reinaud <sup>5</sup> que los antiguos árabes, en su mayor parte nómadas, usaron poco del arte de la escritura y que la actual se estableció en la Meca poco antes de Mahoma: esta escritura, tomada de la siriaca, donde sólo hay veintidós letras, que fué preciso diversificar por medio de puntos para expresar las veintiocho articulaciones que existen en la lengua árabe, pareció satisfacer á las necesidades literarias de aquellas gentes; y aunque posteriormente se notaron sus defectos, el orgullo nacional impidió adoptar otro sistema menos imperfecto.

Á este sistema de escritura, que vició la nomenclatura científica de la sabia antigüedad y que dificultó la versión de los libros extranjeros <sup>6</sup>, se deben numerosos

<sup>1</sup> Tomamos este pasaje de Mr. Reinaud en su versión de Abulfedá, tomo I, pág. 263—4.<sup>a</sup> nota.

<sup>2</sup> En el capítulo V de su tratado de geografía que forma el libro XIV de sus Etymologías.

<sup>3</sup> Por eso el Becrí en su descripción de las Canarias siguió á San Isidoro y no á Plinio.

<sup>4</sup> Llamados por esta razón diacríticos ó distintivos.

<sup>5</sup> Véase á este autor, pág. CVI, CVII y CCLXXXII.

<sup>6</sup> A esta dificultad se debe según el mismo Reinaud (pág. CCLXXXII) el que no haya podido conservarse á la larga, aunque la citan algunos autores, la traducción arábica de la geografía de Ptolemeo, con ser la que ha servido de fundamento al saber geográfico de los árabes; porque la copiosa muchedumbre de nombres propios contenidos en el original hubo de embarazar y aburrir á los copistas, que ó bien no se creyeron capaces de transcribirlos fielmente ó los juzgaron desprovistos de interés para su nación.

yerros y equivocaciones que aparecen á cada paso en las obras arábicas ya originales, ya traducidas, burlando á veces toda la sagacidad de los intérpretes, críticos y editores europeos. Este defecto, siempre censurable en los tratados de historia <sup>1</sup> ó de botánica <sup>2</sup>, donde es difícil reconocer los nombres desfigurados de personas ó plantas, es aún más grave en los de geografía, donde tanto abundan los de pueblos y lugares. Así, por ejemplo, los copistas árabes, confundiendo los puntos, del nombre greco-latino *Pontus*, aplicado al Ponto Euxino ó Mar Negro, hicieron *Nitas*, y así lo han continuado escribiendo durante largos siglos, sin escrúpulo alguno crítico. A propósito de este nombre, el ya citado Mr. Luciano Leclerc, diligente ilustrador de la materia médica arábica, escribe <sup>3</sup>: «Estas formas viciosas han recibido (en árabe) el derecho de ciudadanía; y así en Abulfedá el Ponto Euxino que en otras partes se halla escrito *Bontos* بنطس, se ha transformado en *Nitas* نيطس, y el geógrafo árabe tiene buen cuidado de advertirnos que esta es la buena lectura.»—Del nombre *Ogein* ú *Ochein*, que los indios orientales dieron á su primer meridiano y que Plinio había escrito *Ozene* (Οζήνη), los árabes han hecho por sucesiva corrupción *Ochéin* اچين, *Ozein*, *Azin* ازين y por último *Arin* ارين, cuya forma se encuentra en muchos documentos de procedencia arábica <sup>4</sup>. Y omitiendo en interés de la brevedad otros muchos ejemplos, al encontrar nuestros modernos orientistas en varios autores arábicos los nombres de *Sila* y *Basla*, como de un país situado en los mares orientales, no aciertan á distinguir si son dos términos diferentes ó dos corrupciones de un mismo vocablo que designa probablemente el Japón <sup>5</sup>.

De tales errores no hay que echarle toda la culpa al alfabeto arábigo por defectuoso que sea, sino principalmente á la falta de crítica de los mismos árabes, los cuales como es sabido, y no lo disimula Mr. Leclerc, á pesar de la mucha afición que les tiene, son muy ignorantes de todo lo que se halla fuera del mundo musulmán. Pero aún en lo tocante á los países dominados y poseídos por ellos, han solido mostrar semejante ignorancia. Según ha notado el mismo Leclerc, en la traducción arábica de Dioscorides hecha en el Oriente y corregida en nuestra península durante el siglo x con ayuda del monje griego Nicolás, al mencionar las regiones de donde proceden las plantas, se transcriben con mayor ó menor fidelidad los nombres griegos, mas sin señalar su correspondencia con los que se usaban actualmente entre los árabes y mahometanos. Así la España, la Galia ó Francia y la Libia y Africa aparecen en di-

<sup>1</sup> Ya Luis Vives censuró los libros de Averroes por lo bárbaramente desfigurados que citan los nombres de los filósofos griegos; y hace poco un distinguido arabista español, el Sr. Fernández y González, ha necesitado emplear mucha erudición para probar que el rey *Acosta* de algunos cronistas españoles no es otro que *Witiza* alterado por los copistas árabes.

<sup>2</sup> En cuanto á los nombres de plantas y otros simples que se hallan extrañamente desfigurados en las traducciones arábicas de Dioscorides y Galeno, ya por falta de los copistas, ya por la misma naturaleza de la escritura árabe, véase á Mr. Leclerc en su mencionado estudio *De l'identité de Balinas et d'Apollonius de Tyane*. También nosotros al estudiar la nomenclatura de varios libros arábicos de historia natural y medicina, hemos tropezado con numerosas corrupciones de tal género y algunas tan estupendas como *carabitus* por *frenitis*.

<sup>3</sup> En su mencionado estudio.

<sup>4</sup> Entre ellos, en una versión latina del siglo xi, hecha probablemente sobre un documento de la España sarracénica. Véase á Mr. Reinaud, en su citada introducción, págs. CCXL á CCXLII.

<sup>5</sup> Reinaud, págs. CCLVI y CCLVII.

cha traducción con los nombres greco-arábigos de Ixpania اشبانيا, *Galathia* غلاطيا y *Liniae* لينيوي (que se debe rectificar por *Libue* لبيوي, del griego Λιβύη, Libya) y no con los de *Andalus* اندلس, *Afranch* افراج ó *Afrancha* y *Magrib* مغرب ú Occidente, como acostumbraba nuestra morisma. Asimismo al mencionar la isla de Ibiza, dicha versión pone *Butuusia* ó *Bituusia* بطووسيا corrupción del griego Πιτύουσα, y no *Yébisa* يابسة, como escribían los moros españoles, y que procede del latino *Ebusium*. Pero lo más notable, como ha observado el mismo Leclerc, es que los traductores árabes se muestran ignorantes de su propio país: así donde Dioscorides cuenta que la tremen-tina viene también de la Arabia Petrea, en la mencionada versión árabe se lee que esta especie de resina proviene del país de los árabes y del país llamado Petra: <sup>1</sup> من العرب ومن بلاد التي يقال لها بطرا.

Según ha notado Mr. Reinaud <sup>2</sup>, los árabes han trazado mapas ó cartas geográficas; pero los que han llegado hasta nosotros son de una ejecución muy grosera. En ellos los ríos semejan á veces brazos de mar; los grandes relieves del suelo, cuya indicación exacta es una de las principales condiciones de la geografía física de nuestros tiempos, no se notan sino vagamente; y aunque parece que la carta trazada bajo el califato de Almamun á consecuencia de estudios importantes, estaba dividida según el orden de las latitudes y longitudes, ello es que no ha llegado hasta nosotros ningún mapa árabe graduado y que todos carecen de precisión geométrica. Además, aunque los geógrafos árabes han dado mucha importancia á los itinerarios, los trazados por ellos son sumamente defectuosos por la dificultad con que tropezaron de señalar con exactitud las distancias de unas estaciones á otras y por la desigualdad de las medidas longitudinarias usadas entre los árabes y demás pueblos antiguos <sup>3</sup>. Ni les era menos difícil el señalar las distancias por mar á causa de la necesidad en que entonces se veían ellos y todos los navegantes en general de no perder de vista la tierra <sup>4</sup>.

Nunca se ponderará bastante el espíritu estacionario é inactivo con que los árabes y demás pueblos orientales apartados del Cristianismo, habiendo llegado á cierta altura en ciencias y artes, no quisieron pasar de aquel límite ni caminar por la senda del progreso moral é intelectual. Careciendo de los medios y recursos que proporciona á los europeos una ciencia perfeccionada sin cesar, no pudieron menos de incurrir en muchos errores geográficos <sup>5</sup>. Además, cegados por su fanatismo y su menosprecio hacia los cristianos, no supieron ó no quisieron dar importancia á los grandes estudios y descubrimientos que realizó la Europa cristiana al declinar la Edad Media. Bástenos á este propósito recordar que cierto Ibn Ayyáx, autor de un tratado de cosmografía, escrito en Egipto y en el año 1516 de nuestra era, no se muestra enterado de que los portugueses habían dado la vuelta al África, ni de que Cristóbal Colón

<sup>1</sup> Leclerc en sus *Etudes historiques et filologiques sur Ebn Beithar*, extractado del *Journal Asiatique*, año 1862.

<sup>2</sup> Pág. CCLXII.

<sup>3</sup> Reinaud, pág. CCLXIII.

<sup>4</sup> Idem, CCLXVII y CCLXVIII.

<sup>5</sup> Idem, CCLXI.



hubiese descubierto ya un Nuevo Mundo. Ora fuese porque las noticias de sucesos tan grandes, pero tan poco favorables al islamismo, no hubiesen llegado á sus oídos, ó más bien porque, dominado por las antiguas nociones geográficas no se hallase en estado de admitir otras, ello es que al tratar del Océano Atlántico se expresa en estos términos: «Se le llama *el mar tenebroso*; su agua está turbia y nadie se atreve á aventurarse en él por la dificultad de la navegación.» Debemos este curioso pasaje al ilustre arabista que nos guía en el presente estudio, y que observa oportunamente <sup>1</sup>: «Las ideas estrechas que hacían imposible á Ibn Ayyáx todo progreso, son la causa »fatal del poco interés que las composiciones científicas de los orientales ofrecen en »los tiempos modernos. Diríase que á medida que los europeos franqueaban los es- »pacios y extendían los horizontes, los orientales se encerraban más y más en los lí- »mites que durante tanto tiempo fué imposible pasar.»

Por lo mismo nos parece vano y absurdo el empeño que en nuestros días han puesto algunos apasionados de los árabes en rehabilitarlos á los ojos de la crítica, vindicándolos del merecido desdén con que se les ha tratado largo tiempo. Este empeño, inspirado en su mayor parte por el espíritu racionalista, obstinado en levantar el mérito de los musulmanes para rebajar á los cristianos de la Edad Media, ha producido la publicación de muchos libros y documentos, que después de servir por un momento de pasto á la curiosidad y de manifestar el poco valor científico de tales obras, parecen destinados á perpetuo olvido <sup>2</sup>. Con harta razón ha opinado Alejandro de Humboldt que nada hubiese ganado la civilización si los árabes hubiesen conservado por más tiempo el monopolio de la ciencia y la posesión del Occidente. En cuanto á la geografía, el diligente estudio hecho por Mr. Reinaud sobre los documentos de aquel período, demuestra que un profundo abismo separa los conocimientos geográficos de los árabes de los que hoy atesora la Europa sabia, y cuán poco han contribuído á este progreso los estudios realizados por aquella gente. Es muy de notar que la mayor parte de los libros escritos por los autores árabes no llegaron al conocimiento de los cristianos europeos, y que algunos de ellos, traducidos en un latín bárbaro, alcanzaron poco aprecio y aceptación en el mundo científico, siendo relegados al olvido en los primeros tiempos de la Edad Moderna, cuando los grandes descubrimientos de españoles y portugueses en las Indias Occidentales y Orientales y el estudio esmerado de los clásicos griegos y latinos abría nuevos y espaciosos horizontes á la ciencia geográfica <sup>3</sup>.

F. J. SIMONET

<sup>1</sup> Reinaud, pág. CLXV.

<sup>2</sup> Hace unos cuarenta años que Mr. Sedillot, al escribir el prefacio de su *Historia de los árabes* (págs. V y VI de la edición de 1854), deseando ensalzar al pueblo de su afición sobre los demás orientales, notaba que después de pomposos anuncios y muchos años de diligentes investigaciones, los cultivadores de la literatura indiana y chinesca, no habían conseguido sacar á luz cosa de provecho. Hoy podemos medir por semejante rasero á los arabistas, que á pesar de cultivar una literatura muy superior, según creemos á la indiana y á la china, como más próxima al cristianismo, no han obtenido hasta ahora resultados bastante dignos de sus esfuerzos y esperanzas.

<sup>3</sup> Véase á Mr. Reinaud, pág. CCLXXV.